

Revista Aragonesa de Teología

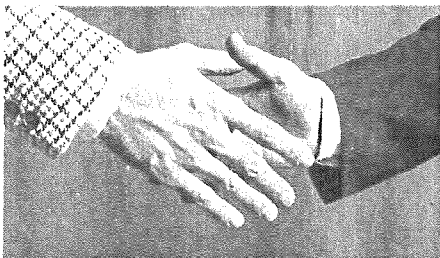
Año IV - Nº 7 - 1998

Enero-Junio



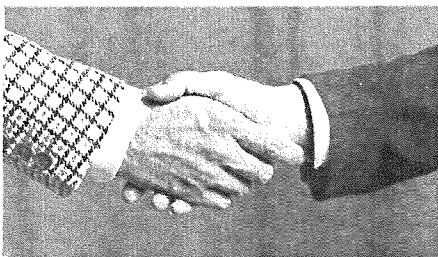
a su lado.

deseamos ofrecerle



el mejor servicio,

el trato más cercano,



el mejor equipo humano.

Siempre a su lado...



... con nuestra mejor sonrisa.

Desde 1905 junto a usted.

CAI CAJA DE AHORROS
DE LA INMACULADA

Aragón es nuestra tierra

**Revista
Aragonesa
de
Teología**

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
1998

Edita:

C.R.E.T.A.

Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:

José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:

Carlos Tartaj Sánchez

Alfonso Ortiz García

Julián Ruiz Martorell

José-María Andreu Celma

Confección y maquetación:

EBROLIBRO, S.L.

Administración:

C.R.E.T.A.

Condes de Aragón, 32

50009 Zaragoza

Tel. 976 751134

Impresión:

EDELVIVES

ISSN: 1135-0447

D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	Pág.
EDITORIAL	5
1. <i>La razón de nuestra esperanza.</i> Laurentino Novoa Pascual CP.	7
2. <i>«Le hablaré al corazón». Lectura de Oseas para el hombre de hoy.</i> Pedro Ignacio Fraile Yécora	21
3. <i>El Espíritu Santo en la Sagrada Escritura (I).</i> Julián Ruiz Martorell	31
4. <i>No mirar las nubes, ni cruzarse de brazos. Sinodalidad y participación.</i> Javier Calvo	39
5. <i>Hacia «otro» panorama eclesial.</i> José M.^a Nerín Baselga	47
6. <i>Historia del Cristianismo en Aragón: La iglesia desde la invasión árabe a los inicios del reino de Aragón (siglos VIII-XII).</i> Juan Ramón Royo García	57
7. <i>La mujer en el mundo rural.</i> Ángeles Ramón Burguete y M.^a Paz Benedí Caro	67
8. <i>Figuras del Cristianismo en Aragón: En el V Centenario de su nacimien- to: Don Hernando de Aragón y Gurrea (1498-1575): Arzobispo, Vi- rrey y Mecenaz.</i> Isidoro Miguel García	77
9. <i>Comentario de libros.</i> Javier Calvo	93

Aviso a nuestros lectores:

Dé a conocer nuestra Revista.

Suscríbase y domicilie la suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el N.º de su cuenta.

Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios.

Le agradecemos que lo haga así por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

Nuestra dirección es:

CRETA

C/ Condes de Aragón, 32

50009 Zaragoza

EDITORIAL

Vivimos tiempos de sobresaltos. Los hay para todos los gustos: científicos, técnicos, políticos, eclesiales, geológicos, económicos,...

No es sensación de milenarismo angustioso ni interés en despertar los miedos que pudieran abrir nuevos horizontes a la religiosidad. La religiosidad tiene más que ver con la confianza y la esperanza.

Pero la inusitada rapidez de la ciencia en querer aplicar sus logros a cualquier ámbito sin dar tiempo a una reflexión serena ha hecho estremecerse a la opinión pública con la pretensión de alguno por extender la clonación a los seres humanos sin más criterio que las ventajas eugenésicas y económicas y sobre la base de una concepción de libertad desregulada jurídicamente e incondicionada moralmente.

Las sacudidas económicas de los mercados financieros asiáticos, estandartes de una práctica económica también desregulada y poco sensible a las necesidades humanas de quienes, con su trabajo, soportaban el sistema industrial de estos países que han aumentado mucho su PIB sin un aumento paralelo en bienestar social, plantea, también, la pregunta sobre el sentido de libertad.

La protesta de los parados franceses expresando su inconformismo ante la perspectiva de seguir así durante mucho tiempo o el resto de sus vidas, mientras muchos de sus contemporáneos viven instalados en el estrés y sus sociedades parecen aceptar fatalmente el alto nivel de desempleo, anuncia la necesidad de abordar, desde otra óptica, el sentido de trabajo, el compartirlo y hacer partícipe de los beneficios económicos a quien ve frustrada su vocación profesional.

La inquietud, en nuestra cultura, por el hecho de un pluralismo variado que preconiza la tolerancia como derecho de todos a ser aceptados en la convivencia pero sin acompañar esa aceptación con criterios de valoración, parece poner a todas las opciones de vida y a todas las opiniones sobre el mismo nivel sin más argumento que su capacidad para presentarse ante la opinión pública y ganar grados de simpatía. También esto cuestiona la concepción de la libertad y su relación con criterios y orientaciones a promover.

Una cierta sensación de cambio que engloba incluso al contexto físico se da: el fenómeno del Niño con sus repercusiones, el cambio climático, el deterioro del medio ambiente. ¿Nos detenemos los creyentes a pensar en esta sensación de cambio para contribuir a que se encauce por rumbos humanizadores?

El horror, la crueldad y el sadismo de la muerte en la guerra argelina actual nos sobrecoge. La frecuencia de los malos tratos a las mujeres dentro de la institución fa-

miliar es sorprendente, los problemas concretos que la convivencia cotidiana nos pone delante piden un esfuerzo para elevar la sensibilidad humana.

Con el fin del milenio estamos convocados a celebrar los dos mil años de esta apasionante historia nuestra en la que, con tropiezos, logros y tensiones, hemos ido aprendiendo a caminar y a descubrir la presencia de Dios entre nosotros.

Pero la historia sigue, las preocupaciones cambian, la confianza y la esperanza permanecen y hay que traducirlas a la nueva situación en un constante estar despiertos y atentos a lo que pasa a nuestro alrededor.

Nuestra Comunidad sigue perpleja el desarrollo del litigio con la Diócesis de Lérida por el patrimonio artístico de la Franja, cuya propiedad está reconocida pero sobre la que se quiere hacer prevalecer el concepto museístico de la UNESCO. Cuando el concepto de justicia se empaña con discusiones bizantinas para no ceder en las posiciones, hay elementos secundarios que se convierten en principales y nosotros, como Comunidad creyente, disminuimos en testimonio y credibilidad.

La razón de nuestra esperanza

Rev. Aragon. Teol. 7 (1998)

Laurentino Novoa Pascual CP.

Sobre la respuesta cristiana en el umbral del siglo XXI

«La razón no puede florecer sin la esperanza y la esperanza no puede hablar sin razón». Este pensamiento de Ernst Bloch, el filósofo de la esperanza, puede servirnos de pórtico para una reflexión teológica sobre la razón de nuestra esperanza cristiana y sobre la necesidad de siguiendo la pauta que nos propone la primera carta de Pedro: «Dad culto a Dios en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza; pero hacedlo con dulzura y respeto» (1Pe 3, 15-16).

La invitación parece que se hace al cristiano en particular y a la comunidad concreta, que se encuentran siempre ubicados histórica, social y culturalmente. Pero es una invitación también a la Iglesia del Señor, que «peregrina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios»¹.

Como se deduce del planteamiento de Bloch, una razón sin esperanza no sólo quedaría encerrada en los estrechos márgenes de sus propios horizontes, sino que parece abocada también a una triste esterilidad; pero una esperanza sin razón puede fácilmente llevarnos a una vana autocomplacencia, a un optimismo fatuo, a una experiencia superficial y carente de fundamento.

Pero, ¿cuál es nuestra esperanza como personas y comunidades creyentes de este final del siglo XX? ¿Son nuestras razones suficientes para seguir esperando? ¿Nos sentimos capaces de dar razón de nuestra esperanza en nuestro concreto contexto histórico, social y cultural? ¿Cuáles son las esperanzas de nuestra sociedad y de nuestro pueblo? ¿Está siendo la Iglesia una comunidad de esperanza para las personas que buscan y luchan, para los que sufren y mueren, para los desilusionados y deprimidos?... Son preguntas necesarias y urgentes en el peregrinar de la fe porque no se puede caminar sin esperanza, pero tampoco sin los motivos que hagan razonable nuestra esperanza. Una vida sin esperanza deja de tener sentido, pero la esperanza debe tener también su propia razón de ser, pues «de malas razones nos libre Dios»².

En el umbral de un nuevo siglo

Nos encontramos en las puertas del año 2000. La fecha es sin duda significativa y relevante en el cómputo de la historia, puesto que medimos las cosas y los acontecimientos con las categorías del tiempo y del espacio. Los grandes medios de comunicación y las instancias sociales se encargarán de resaltar suficientemente el evento, hasta llegar a crear en la conciencia individual y social un sentimiento mágico o convencernos de estar viviendo unos momentos transcendentales como testigos de excepción de algo importante.

¹ San Agustín, *De civitate Dei*, XVIII, 51.

² Santa Teresa, *Camino de Perfección*, XIX, 1.

No faltará tampoco en torno a esta fecha la presencia de mentes exaltadas y espíritus apocalípticos que se encarguen de remover y transmitir los mensajes cabalísticos de los viejos movimientos milenaristas de la historia. Nada más contrario a la sobriedad y sensatez de la fe bíblica que los planteamientos sensacionalistas en la lectura e interpretación de la historia y del tiempo; la Biblia nos presenta desde sus primeras páginas una concepción anti-mítica de la realidad, de la presencia del hombre en el mundo y de la actuación de Dios en la historia; a partir de esta visión personalista, aparece una fe que no pone su esperanza en acontecimientos espectaculares o fechas jubilares, que pueden dar un vuelco a las cosas en orden a establecer el reino de Dios, sino en la transformación paciente de la realidad por medio del compromiso del hombre con la historia.

Por eso, la celebración cristiana de estas fechas jubilares no debería estar orientada a hacer que los sentimientos afloren a la superficie, ni a alimentar vanas esperanzas, ni a caer en la permanente tentación triunfalista de confundir el reino de Dios con las expectativas puramente terrenas, o de querer poner a Cristo una corona distinta de la corona de espinas. Al contrario, debería colaborar a celebrar y acrecentar la esperanza desde la perspectiva bíblica, según la cual las fechas jubilares (Cf. Lev 25 y Dt 15) tenían la finalidad de renovar la alianza con Dios, de recordar el compromiso de Dios con la historia del hombre, de proclamar la soberanía de un Dios creador y providente, de dar el descanso a la tierra respetando el proceso del orden creado, de recobrar la libertad y la dignidad perdida, de practicar la justicia y el derecho en la relación con el prójimo restableciendo el orden divino de las cosas y de las relaciones, de perdonar las deudas, abrir las manos y el corazón a los pobres, limpiar las mentes de pensamientos perversos; en definitiva, «proclamar en la tierra liberación para todos sus habitantes» (Lev 25, 11).

Las fechas jubilares, que el cristiano celebra desde la certeza de la presencia santificadora de Dios en el tiempo y en la historia, a partir sobre todo del misterio de la encarnación, es un tiempo adecuado para tomar conciencia de la realidad, para evaluar nuestros proyectos, para sopesar nuestras opciones, para someter a una sana autocrítica el testimonio de nuestra fe, la razón de nuestra esperanza y el compromiso de nuestro amor. Pero, sobre todo, el tiempo jubilar es tiempo de esperanza y alegría —«júbilo»— (Cf. *Tertio Millennio Adveniente*, 16), que son dos experiencias necesariamente unidas e interrelacionadas; no hay esperanza triste ni alegría verdadera que no sea generadora de esperanza; es tiempo de júbilo porque recordamos que Dios conduce nuestra historia hacia un fin de liberación, porque desde Cristo todo el tiempo es tiempo propicio de gracia, y la historia personal, abierta a la gracia, es también historia de salvación, porque esa alianza de Dios con el hombre, que recordamos en cada momento jubilar de la historia, es una alianza desigual a favor de la humanidad. Tiempo de esperanza, porque los hitos de nuestra historia son memoria viva de las promesas de Dios, que fundamentan y garantizan nuestra esperanza; pero al mismo tiempo, nos ayudan a relativizar nuestros logros humanos y nos enseñan a mantenernos siempre abiertos al futuro: «Un pueblo vive de su memoria; en ella se vuelve a las raíces y se recobra la identidad; el pasado puede convertirnos en sus prisioneros, pero también puede ser semillero de posibilidades de futuro»³. Todo verdadero «recuerdo» cristiano es generador de esperanza y de fe en el futuro; no debe ser «expresión de resignación o tradicionalismo, sino forma de esperanza escatológica, elaborada teniendo en cuenta el entorno histórico y social»⁴.

³ R. AGUIRRE, *Raíces bíblicas de la fe cristiana*, Madrid 1997, 155.

⁴ J.B. METZ, *La fe en la historia y en la sociedad*, Madrid 1979, 192.

Entre la utopía y la desesperanza

El siglo que está a punto de terminar ha sido caracterizado por algún autor como «un inmenso cementerio de esperanzas»⁵. Este triste diagnóstico puede ser exagerado o ambiguo simplemente por ser demasiado general e indiferenciado; pero sí puede resultar acertado el constatar que el hombre de nuestro siglo se ha movido entre la utopía y la desesperanza.

La utopía de nuestra sociedad moderna ha sido alimentada no sólo por las ideologías políticas, sino también por planteamientos filosóficos, que van desde el positivismo de A. Comte pasando por el marxismo en sus diversas variantes hasta el vitalismo nietzschiano con todos sus seguidores.

A. Comte (1798-1857) alimentó la utopía «científica» haciéndonos creer, por medio de su conocida «ley de los tres estadios», que podemos dar por superados los planteamientos mítico-teológicos y las interpretaciones filosófico-metafísicas de la historia y de la realidad, para poder soñar en un mundo utópico en el que todos los problemas y cuestiones van a ser solucionados por la ciencia. Pero resulta que, a pesar de los innegables progresos, que han podido contribuir a humanizar nuestra existencia, el hombre no ha sido capaz de generar más esperanza ni encontrar respuesta satisfactoria a sus preguntas y problemas esenciales.

L. Feuerbach (1804-1872), inspirador del pensamiento marxista, suplantó a Dios por el hombre, promoviendo un «humanismo endiosado» al hacernos creer que Dios no es otra cosa que el género humano, alimentando a partir de aquí la idea de la «utopía socialista»; pero la realidad es que, a pesar del progreso social que se ha dado en buena parte de la sociedad, los más significativos esfuerzos por hacer realidad esta utopía en los países del Este europeo y de la antigua Unión Soviética, han terminado en el más rotundo fracaso, simbolizado en la caída del muro de Berlín.

F. Nietzsche (1844-1900) se rebeló contra lo que él llamó «cultura semita y plebeya» y contra una sociedad de tradición cristiana, promotora según él de una «moral de esclavos», y proclamó solemnemente que «todos los dioses han muerto para que viva el superhombre»; pero este utópico «superhombre» de una ética puramente vitalista, cuyo único referente es la autoafirmación humana a través de la «voluntad de poder», ha producido también amargos frutos en nuestro siglo, siendo el más cruel e inhumano el nazismo.

Con todo ello, lo que parecía comenzar con una lectura esperanzada de la historia (Comte y Feuerbach) y la proclamación de un humanismo vibrante (Nietzsche), termina desembocando en la cultura del nihilismo y el pesimismo de las corrientes «postmodernas» con sus tesis sobre la «debilidad del ser», el «oscurecimiento de la verdad», la «desrealización del mundo», la «disolución de la historia» y la «superfluidad de los valores éticos». El resultado final no es ciertamente una cultura humanista de fe en el futuro o apertura a nuevos horizontes, sino la «quiebra de la esperanza»⁶, que ha llevado a una «difusa desorientación» y a una cultura descreída y desesperanzada. «Jamás ha habido en las sociedades ricas de este mundo tanta desorientación, resignación y cinismo, tanto auto-aborrecimiento»⁷. Ante una sociedad que pretende conseguir cosas de desarrollo cada vez mayores —lo cual parece absolutamente legítimo—, deberíamos sin embargo preguntarnos, como hacía ya hace años el teólogo J.B. Metz: «Desarrollo, progreso, proceso..., pero ¿de quién? Desarrollo, progreso, proceso..., pero ¿hacia dónde? El problema de futuro de nuestra civilización tecnológica no es primordialmente el problema de la técnica, sino el

⁵ Cf. J.A. PAGOLA, *Es bueno creer*, Madrid 1996, 77.

⁶ Cf. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Crisis y apología de la fe*, Santander, 1995, 56-64.

⁷ J. MOLTSMANN, *La justicia crea futuro*, Santander, 1992, 12.

del uso de la técnica; no es primordialmente el problema de la técnica, sino el de los fines y el de la fijación de las prioridades»⁸.

Ciertamente «ser hombre es tener una utopía»⁹ y, por lo mismo, es legítimo y positivo la fe en las utopías, pero esto no quiere decir que todas las utopías sean generadoras de esperanza, ni se debe confundir nunca utopía y esperanza. Por eso, Tomás Moro (1478-1535), termina su obra «Utopía», escrita unos años después del descubrimiento de América —acontecimiento que hizo soñar a muchos un futuro nuevo—, con estas palabras: «Confieso sinceramente que entre los habitantes de Utopía hay muchas cosas que desearía ver implantadas en nuestras ciudades. Lo deseo, pero no lo espero»¹⁰. El gran humanista cristiano T. Moro, sabía muy bien que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, que es absolutamente legítimo soñar en un mundo distinto y que es posible acrecentar la felicidad en este mundo; pero, es también consciente de que la «república» ideal no existe en este mundo, e. d., es una «utopía», un lugar inexistente, y, sobre todo, de que la vida cristiana es esperanza de lo que se cree y no deseo de lo imaginario.

La esperanza inspira las utopías y también es capaz de transformar la realidad presente, pero no se agota en sueños de paraísos terrenales ni en logros humanos, por muy dignos y loables que sean; la esperanza fundamenta la realidad presente, pero no se agota en ella, sino que hace posible que el presente tenga sentido en la medida en que está abierto al futuro.

«El anhelo por lo completamente diferente»

Podemos decir que el hombre de este final de siglo se encuentra bastante desamparado a un nivel filosófico y ético para poder abrirse a un futuro de esperanza, pues la ciencia ha perdido su cariz transcendente de sabiduría y la filosofía ya no se entiende generalmente como una ciencia para aprender a vivir, a pensar y orientarnos, o, como decía Montaigne, «filosofar es aprender a morir», sino que ha quedado reducida en muchos casos a una toma de conciencia de nuestra desorientación, como viene a decir G. Vattimo: «La filosofía no puede ni debe enseñar a dónde nos dirigimos, sino a vivir en la condición de quien no se dirige a ninguna parte»¹¹. Si no nos dirigimos a ninguna parte, no parece que pueda haber mucho espacio para la utopía y mucho menos para la esperanza. Pero la cuestión que también deberá plantearse la filosofía es si la persona humana, a pesar de la «jungla ideológica» que le rodea y de los muchos problemas que parecen cernirse en el horizonte, puede conformarse o resignarse a no ir a ninguna parte y a vivir en una permanente desorientación.

También hay que reconocer que este hombre de final de siglo tampoco parece confiar mucho en la oferta de las creencias religiosas, o al menos en el proyecto de vida que le presentan las religiones institucionalizadas, y eso, a pesar de que se siga confesando en un gran porcentaje creyente e incluso cristiano-católico. La respuesta al porqué de esta especie de desconfianza puede tener muchos aspectos y matices, pero no podemos olvidar el largo enfrentamiento de la Iglesia y la sociedad, o de los postulados doctrinales cristianos con el pensamiento y la cultura moderna, o de la práctica cristiana con los movimientos sociales emancipatorios de la historia moderna; tampoco se puede dejar de recordar el profundo proceso de secularización, aún no asimilado, que se inició en los siglos XVII y XVIII y que aún no puede darse por concluido; esa sana y justa «autono-

⁸ J. B. METZ, *op. cit.*, 112.

⁹ E. BLOCH, *Philosophische Grundfragen*, I, Frankfurt a. M., 1961, 36.

¹⁰ T. MORO, *Utopía*, Ed. Planeta, Barcelona, 1984, 126.

¹¹ Cit. En: J.A. PAGOLA, *op. cit.*, 78.

mía de la realidad terrena» (Cf. GS, 36), aceptada por primera vez por el magisterio de la Iglesia en el Vaticano II, quizá no ha llegado a entenderse o aceptarse por parte de muchos creyentes y de muchas instancias eclesiales.

También es cierto que para muchas personas la religión y el cristianismo sigue siendo un cúmulo de leyes y normas morales, que le crean una mala conciencia, le amenazan con unas penas que no llega a entender ni aceptar, que en definitiva contribuyen a recortarle los horizontes más que a abrirle a la esperanza. Para otros muchos ser creyente o cristiano es una adhesión a una «fe doctrinal», recopilada en un montón de formulaciones dogmáticas, que resultan incomprensibles y totalmente alejadas de la vida y la lucha de cada día; muchos entienden la vida cristiana y la vida religiosa como fe «en algo» más que fe «en alguien», una fe doctrinal que lleva a la pasividad o el desconcierto intelectual, frente a una fe existencial, que presupone el encuentro transformante de la persona con Dios.

Y, sin embargo, en el hombre de este fin de siglo, a pesar del desamparo ideológico en que se encuentra y de la falta de confianza que le inspiren las religiones institucionalizadas, permanece vivo lo que M. Horkheimer hace ya algunos decenios formuló como «el anhelo por lo completamente diferente», que quizá no siempre aflora de forma explícita, pero que sigue siendo la raíz de la esperanza. Este anhelo aparece en medio de las preguntas más radicales que nos hacemos ante la vida y la muerte, el sufrimiento y la enfermedad, la convivencia y las relaciones humanas. Vivir significa preguntarnos por lo esencial, dejar abierta la puerta a la esperanza: «¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Qué esperamos? ¿Qué nos espera?»; con estas preguntas radicales iniciaba E. Bloch su obra maestra *El principio esperanza*. Y M. Kant comienza su *Crítica de la razón pura* con tres preguntas que reflejan ese anhelo profundo de la humanidad: «¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar?». Puede haber situaciones de la vida o de la persona en los que parezca imposible descubrir a Dios o acercarnos a Él, pero siempre es posible, como expresó M. Heidegger al final de su vida, «despertar nuestra disponibilidad y nuestra espera»¹².

A través de sus anhelos y de las preguntas más radicales de la vida, el hombre actual también intuye que no debe resignarse a vivir encerrado en sus propios horizontes, ni renunciar a abrirse a un futuro de esperanza.

Interpelación a nuestra esperanza cristiana

La persona humana, en medio de los problemas y las angustias de la vida, sigue siendo «el ser que se supera infinitamente a sí mismo» (Pascal). Y la persona humana con sus anhelos y sus dudas, con sus valores y sus pasiones, con sus logros y sus desmesuras, sigue interpelando a la esperanza cristiana e interpelando a una Iglesia, que está llamada «a llevar consigo la esperanza del mundo, aunque se viera reducida a un pequeño rebaño»¹³. Una fe que confiesa y celebra la salvación universal, debe estar siempre dispuesta a dar razón de su esperanza a todos los hombres y de todos los tiempos.

La esperanza cristiana es interpelada hoy desde los problemas más radicales que siguen afectando a la humanidad, que ponen en tela de juicio la armonía de una creación sostenida por el amor providente de Dios y parecen ser el contrapunto radical del reino de Dios anunciado por Jesús de Nazareth. Son los problemas del hambre y la pobreza de más de dos terceras partes de

¹² R. FISICHELLA, *Introducción a la teología fundamental*, Estella, 1993, 42.

¹³ H. De LUBAC, *Diálogo sobre el Vaticano II*, Madrid, 1985, 112.

la humanidad, que viven en la más flagrante miseria en un mundo en el que se sigue gastando infinitamente más en armamento e investigación para la destrucción que en medios para erradicar la pobreza y salvaguardar la dignidad humana. Es la injusticia institucionalizada, en la que los pueblos más ricos y poderosos buscan vivir mejor y más seguros a costa de los más pobres, o en la que se justifica un equilibrio desigual siempre a favor de los fuertes y en detrimento de los débiles. Es la situación de marginación en la que viven millones de personas, gran parte de ellos jóvenes, cuyas vidas están destruidas por las drogas, el alcohol, la prostitución, o simplemente por el fracaso de sus vidas. Es también la cruel destrucción de la naturaleza y el deterioro progresivo del medio ambiente por las emisiones incontroladas de dióxido de carbono (CO₂) y otros gases contaminantes, por el egoísmo más brutal y la falta de respeto a la creación, que cuestionan no sólo el sentido del progreso humano, sino la misma supervivencia de la vida en el planeta tierra.

La esperanza que brota de la fe en Cristo también es interpelada desde los retos que plantea la ciencia, la investigación y el progreso en sus aspectos más positivos, especialmente en el campo de la biología y la medicina, con todos sus riesgos y posibilidades; pensemos p.e. en la transmisión de la vida, en la clonación de los seres vivos, en los procesos trasgénicos, en el trasplante de órganos, en la posibilidad de vida en otros planetas, etc. ¿Deben seguir enfrentados ciencia y fe cristiana, como han estado durante siglos? ¿No deberían entenderse como dos ámbitos distintos de vida y experiencia orientados a un mismo fin, para el bien y la salvación de la persona? ¿Por qué no pueden ser perfectamente compaginables y complementarios el «humanismo científico» y el «humanismo cristiano»?

La esperanza cristiana es interpelada lógicamente por los problemas más concretos y cercanos, que se viven en el ámbito más familiar y a veces más real de la propia región. Si pensamos en Aragón, desde donde hacemos nuestra reflexión, no podemos dejar de mencionar el envejecimiento alarmante de nuestra población con el índice más bajo de natalidad de Europa; o el abandono, marginación y falta de proyectos de futuro para muchas zonas rurales, bien sea en aras de los grandes planes macroeconómicos de la comunidad europea, bien por falta de verdaderos proyectos socio-políticos y económicos a nivel de la misma comunidad aragonesa; o la indeterminación de la propia identidad, que hace que muchas veces se ponga más vehemencia en defender los intereses de partido en orden a mantener cotas de poder, que en un verdadero proyecto común en orden a salvaguardar y promocionar la propia identidad desde la apertura y universalidad que siempre ha tenido... ¿Qué esperanza de futuro puede haber en una sociedad sin niños y jóvenes por la permanente regresión de la natalidad? ¿Cómo hablar de esperanza en pueblos y aldeas despoblados, en un campo abandonado o desfavorecido? ¿Cómo afrontar con decisión e ilusión el futuro cuando se pierde la identidad, que dan las propias raíces y la auténtica tradición? Si «solamente podemos aspirar a dejar a las generaciones futuras dos legados: raíces y alas», como dijo Hodding Carter, ¿cómo podremos dejar unos legados de los que carecemos? ¿Qué tiene que aportar la comunidad creyente en este momento histórico?

Pero la esperanza cristiana es interpelada sobre todo desde los más hondos y radicales problemas que nos afectan en nuestra individualidad personal, como por ejemplo el sufrimiento en sus más diferentes aspectos: el sufrimiento físico, psíquico, moral y social; el sufrimiento comprensible y razonable, o el sufrimiento incomprensible e injustificable; el sufrimiento de los inocentes, que cuestiona todos los esquemas mentales de la teodicea y muchos de la teología, y que ha provocado la rebelión espiritual de autores como Dostoievski o A. Camus: «Rechazo categóricamente la idea de la armonía universal; no vale ni la más pequeña lágrima de uno sólo de los niños», escribía el autor de *Los hermanos Karamazov*; y A. Camus expresaba este mismo pensamiento en *La Peste*: «rechazaré hasta la muerte amar una creación en la que los niños son torturados». Como formas diversas de sufrimiento podemos señalar las enfermedades incurables (cáncer, SIDA, Alzheimer, procesos degenerativos irreversibles), las depresiones y el cansancio existencial de muchas personas, que no llegan a aguantar la sobrecarga y la presión psicológica originadas por el

ritmo de vida o los problemas de nuestra sociedad. A esto habría que añadir otros muchos problemas de orden ético y moral, del ámbito familiar y social, que nos hablan de rupturas, frustraciones, fracasos, tensiones generacionales, desajustes éticos, etc... ¿Qué luz de esperanza puede aportar la fe cristiana a los grandes problemas de la humanidad? ¿Cómo ilumina las luchas y esperanzas humanas por hacer un mundo mejor y más habitable? ¿Qué aporta la fe a la experiencia radical del sufrimiento? ¿Es posible seguir creyendo que en cada sufrimiento puede haber una semilla de esperanza?

Cristianismo, religión de la esperanza

La esperanza es una semilla oculta en lo más hondo del corazón del hombre, que está llamada a germinar y dar frutos de felicidad. «La esperanza es el único bien común a todos; los que todo lo han perdido la poseen aún» (Tales de Mileto). Por eso mismo, la esperanza tiene profundas raíces antropológicas y aflora siempre de nuevo cuando todo parece hundirse bajo nuestros pies.

E. Bloch tiene sin duda el mérito de haber incorporado la esperanza al ámbito de la filosofía y haber puesto de manifiesto que la esperanza es en definitiva el tema fundamental de toda reflexión sobre el hombre, que aparece como el ser siempre abierto a lo que todavía no es. G. Marcel, otro de los grandes pensadores de la esperanza, puso de manifiesto en su obra *Homo Viator*, concebida como introducción a una metafísica de la esperanza, que la auténtica expresión de la esperanza no es «yo espero que» sino la afirmación absoluta «yo espero», que define al hombre como ser metafísicamente abierto al futuro; por eso, «la esperanza es para el alma lo que la respiración para el ser vivo»¹⁴.

Esperanza es en este sentido camino abierto a la vida y la salvación, la luz que siempre brilla desde la más profunda oscuridad de la realidad o de la experiencia. La falta total de esperanza se identifica en consecuencia con la puerta cerrada del infierno; en este sentido debemos creer que el infierno no son los otros, como venía a decir J. P. Sartre en *Puerta cerrada*, sino la falta total de esperanza; así podemos entender que Dante invite en su *Divina Comedia* a dejar fuera toda esperanza a los que entran («Lasciate ogni speranza, o voi che entrate»). Podemos decir por tanto que «el hombre no sólo tiene esperanza, sino que vive en la medida en que está abierto a la esperanza o es movido por ella», pues «vivir sin esperanza no es vivir»¹⁵.

De la Biblia podemos decir que es el libro de la esperanza, en primer lugar porque es el libro «inspirado», e. d., henchido de presencia y aliento de vida; pero además, la revelación del proyecto de Dios tiene la forma de promesa en el AT y de «prolepsis» o anticipación del futuro en el NT, pues la resurrección de Cristo es ciertamente cumplimiento de las promesas, pero al mismo tiempo la promesa de un futuro nuevo: Cristo es el «acontecimiento escatológico» porque lleva en sí mismo la tendencia hacia el futuro absoluto que es Dios.

J. Moltmann, con su obra pionera *Teología de la esperanza* (1964), puso de manifiesto que la reflexión sobre la esperanza no es un enfoque más dentro de los muchos posibles, sino que constituye una perspectiva fundamental y esencial para comprender toda la Historia de la Salvación y la Palabra de Dios: «En su integridad, y no sólo en su apéndice, el cristianismo es escatología; es esperanza, mirada y orientación hacia adelante, y por ello mismo, apertura y transformación del presente»¹⁶. Por eso podemos decir que el Dios que se nos ha manifestado y en quien

¹⁴ Cf. L. BLAIN, «Gabriel Marcel y Ernst Bloch: dos filósofos de la esperanza», en: *Concilium* 59 (1970), 380-388.

¹⁵ J. A. PAGOLA, *op. cit.*, 75.

¹⁶ J. MOLTMAN, *Teología de la esperanza*, Salamanca, 1977, 20.

creemos es «el Dios de la esperanza» (Rom 15, 13), que se encuentra siempre ante nosotros y hacia el cual caminamos: «El Dios que confesamos es el fundamento de nuestra esperanza, no el tapaagujeros de nuestros desengaños, y este Dios está hondamente grabado en la historia de esperanzas y sufrimientos de la humanidad»¹⁷.

El sujeto de la esperanza cristiana es la Iglesia, que debe entenderse como pueblo peregrino, como «comunidad de éxodo», abierta siempre a un futuro nuevo, hacia el cual marchamos en esperanza. En la existencia cristiana «la fe ocupa el primer puesto, pero el primado pertenece a la esperanza, pues sin ella la fe decae, se vuelve tibia y muere»¹⁸.

Por todo esto, podemos ciertamente decir que el cristianismo es la religión de la esperanza, que tiene la misión de hacer germinar el «estupor absoluto» (P. Tillich) ante el hecho sorprendente de que Dios penetra en la historia para hacerla caminar hacia un fin de libertad y salvación. En la fe cristiana debe el hombre encontrar siempre una luz y una confirmación del sentido de sus anhelos, porque «en Cristo el cielo ha bajado a la tierra y ha echado raíces» (Hegel) .

Dar razón de nuestra esperanza

Precisamente porque el cristianismo es la religión de la esperanza, y porque el hombre busca continuamente respuestas a todas sus preguntas, luz para todas sus oscuridades y sentido a todos sus sufrimientos, el cristiano debe estar dispuesto a dar también hoy razón de su esperanza.

La esperanza, como contenido esencial del don de la salvación, es algo que el cristiano y la Iglesia han recibido para darlo y compartirlo. «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis» (Mt 10, 8), dando testimonio de que Cristo es realmente salvador universal, Buena Noticia para todos y «patrimonio común» de la humanidad. También el hombre de nuestro tiempo, de esta cultura «narcisista», amenazada por «los tres monstruos de nuestra civilización actual: el dinero, la maquinización y el álgebra»¹⁹, nos está interpelando y exigiendo razón de nuestra fe.

Pero, ¿cómo dar razón de nuestra esperanza en el mundo de hoy? ¿Cómo acreditar una fe que genere ilusión y ganas de vivir? ¿Cómo justificar un amor que transmita vida? El autor de la carta de Pedro invita a dar razón de la esperanza «con dulzura y respeto» (1Pe 3, 15-16). ¡Cuántas veces se han olvidado estos dos adjetivos en la historia cristiana! Precisamente porque se ha olvidado este matiz fundamental, ha dejado de ser muchas veces el anuncio y el testimonio cristiano una Buena Noticia y un mensaje de esperanza; porque no se ha tenido en cuenta esta hermosa e interesante dialéctica, han prosperado en la teología y en la historia las actitudes prepotentes y condenatorias... Durante siglos —quizá desde el llamado «giro constantiniano» del siglo IV—, se ha desarrollado una mentalidad apologética, de defensa y ataque a los enemigos interiores o exteriores, de condena y menosprecio de los disidentes y los que piensan de forma distinta, de imposición de la verdad y los principios morales, de falta de comprensión y capacidad de escucha. Así podemos entender también que muchas veces la teología y la pastoral hayan llegado a ser un cúmulo de respuestas a cuestiones inexistentes o problemas imaginarios, o una concatenación de argumentos bien tramados que a nadie han convencido, porque se mueven siempre en el mundo abstracto de las ideas y no en el de la vida real.

¹⁷ J. B. METZ, «Nuestra esperanza: fuerza del Evangelio para configurar el futuro», en: *Concilium* 110 (1975), 543.

¹⁸ G. PIANA, «Esperanza», en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid, 1983, 451.

¹⁹ S. WEIL, *La gravedad y la gracia*, Madrid, 1994, 185.

- «Dar razón de algo» presupone antes que nada tenerlo y haberlo hecho vida propia, pues en definitiva, se trata de dar a luz lo que llevamos dentro, decir lo que realmente sabemos, dar lo que tenemos, testimoniar lo que da sentido a nuestra vida. Esto significa sencillamente que no podemos dar razón de la esperanza si no somos personas de esperanza, si no sentimos en lo más hondo de nuestra existencia la luz de las promesas de Dios, que dan sentido a todo lo que vivimos y sufrimos, si no transmitimos la serena certeza de una fe inquebrantable en el futuro. Una comunidad cristiana sólo puede dar razón de su esperanza, si está realmente animada por el Espíritu, pues «donde hay esperanza, está el Espíritu, y donde está el Espíritu hay esperanza»²⁰; lo podrá hacer si se comprende como servidora y testigo del Señor, Dios de la esperanza, instrumento y medio para transmitir vida y salvación; podrá ser mensaje de esperanza si en ella se vive y se celebra la esperanza, si hay fraternidad y perdón, si prevalece la misericordia sobre el juicio, si se privilegia a los pobres y a los hermanos más pequeños, si se vive la compasión y la solidaridad con los sufrientes y marginados, si es lugar de acogida y lugar de paz para los que buscan y los necesitados.
- Dar razón de la esperanza «con dulzura», significa ser capaces de transmitir un mensaje positivo y gozoso, que pueda contrarrestar y aliviar la amargura en la que viven inmersas muchas personas a nuestro alrededor por los problemas y penalidades de la vida; es ayudar a descubrir el rostro amable y el lado bueno de la realidad, que puede llegar a ser un peso abrumador para muchos coetáneos nuestros; es saber presentar el mensaje cristiano como don gratuito y oferta de salvación en un mundo en el que nada se regala y todo cuesta mucho; es saber conectar la esperanza cristiana con muchas esperanzas humanas, que pueden ser consideradas como preparación y realización del proyecto salvador de Dios: «La esperanza cristiana puede fecundar de nuevo la esperanza secular, mostrando cómo los grandes valores en que la humanidad ha invertido las mejores energías (la verdad, la bondad, la justicia, la paz, el amor) no son vanas utopías, ni alienaciones, sino realizaciones parciales del gran proyecto que Dios tiene preparado para la humanidad»²¹. La «dulzura» que debe acompañar a la razón de nuestra esperanza, no puede hacer olvidar sin embargo que no se trata de una esperanza fácil o superficial, sino de una «esperanza crucificada» (Moltmann) porque brota del misterio salvador de la cruz del Señor y llega a lo más profundo del dolor humano. Esta «dulzura» en el testimonio de la fe y la esperanza cristiana es la razón por la que los cristianos de la comunidad primitiva de Jerusalén «gozaban de la simpatía de todo el pueblo y muchos se agregaban al grupo de los creyentes» (Cf. Hech 2, 47 y 4, 33). ¿Somos capaces de transmitir hoy el mensaje positivo de nuestra esperanza? ¿Por qué ha de relacionarse la vida cristiana con la prohibición, el castigo o la condena, y no con la libertad, el amor y la misericordia?
- Dar razón de la esperanza «con respeto», significa acercarse a los demás no con ánimo de imponer o dictaminar, sino con el deseo de escuchar y comprender sus razones; no como poseedores exclusivos sino como testigos y servidores de la verdad y la esperanza, que el Espíritu puede hacer germinar y crecer también fuera de la Iglesia, ya que «el Espíritu actúa en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo los propósitos generosos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida» (GS, 38). El cristiano que intenta testimoniar su esperanza a los demás, debe ser consciente de que en todos los hombres y en

²⁰ P. ENGELHARDT, «Esperanza», en: *Diccionario de Conceptos Teológicos*, I, Barcelona, 1989, 334.

²¹ E. SCHILLEBEECKX, «La secularización y el futuro del hombre en la tierra», en: *Dios, futuro del hombre*, Salamanca, 1970, 183.

todas las religiones hay también un bien y una verdad, que hay que saber respetar, puesto que son en definitiva «un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (Nae, 2). La falta de respeto a los otros en sus ideas, sus planteamientos o sus actitudes, quita fuerza y razón a la esperanza del cristiano. El respeto a los demás implica capacidad para compartir los problemas, las preguntas y los sufrimientos de los hombres que nos rodean, ser capaces de acercarnos a los demás con verdadera actitud de diálogo. La misma teología hoy «no puede ser erudición de gabinete, sino que únicamente puede construirse en diálogo con nuestros semejantes acerca de la problemática de la que todos hemos de ocuparnos con riesgo mortal».

¿Hemos asimilado en la Iglesia esta nueva pedagogía del diálogo, del respeto y la colaboración con todos, que propuso como pauta el Vaticano II? ¿Hemos llegado a entender que el diálogo no es únicamente una actividad de orden noético e intercomunicativo, sino que es ante todo una actitud existencial, que comienza por aceptar al otro como un bien para mí? ¿No caemos frecuentemente en la «impaciencia» y en la intolerancia por no acercarnos a los demás «con respeto»?

El talante de nuestra respuesta cristiana

Si el cristianismo es la religión de la esperanza y el cristiano debe estar dispuesto a dar siempre razón de su esperanza, está claro que nuestro testimonio cristiano, como personas y comunidades, como pequeños grupos o como Iglesia, debe ir orientado a ayudar al hombre y a la sociedad a recuperar la esperanza, o a hacerla germinar, a no dejar que se apague el «pabito vacilante» de la fe en el futuro, ya que «cuando en una sociedad muere la esperanza, la vida de la persona se deteriora»²². El reto que tenemos planteado en este final de siglo es sin duda ser personas y comunidades de esperanza en un mundo angustiado y confuso, dar una verdadera respuesta de fe y esperanza a una humanidad necesitada desde nuestra propia experiencia, pues «si dentro de nosotros hay esperanza, podemos ser fuente de esperanza para otros»²³.

Hay que dar una respuesta adecuada, que sea capaz de dar razón de nuestra esperanza, de acreditar nuestra fe y hacer significativa la fuerza de nuestro amor. Pero hay que reconocer que han cambiado mucho las cosas en la sociedad y en la Iglesia y, por lo tanto, es lógico entender que cambien también en la teología y en la pastoral. J.B. Metz, haciendo un balance de lo que ha sido la apologética como respuesta cristiana, señalaba ya en los años postconciliares, que ha habido un cambio notable en los destinatarios, en la forma y en el método, pero sobre todo en el estilo o talante propio que debe caracterizar la respuesta cristiana en una sociedad y una Iglesia cambiantes²⁴.

¿Cómo debe ser la respuesta que esperan los hombres y mujeres de nuestra sociedad? ¿Cómo hacer creíble la experiencia de nuestra fe y el gozo de nuestra esperanza? ¿Cómo hacer que nuestra presencia en la sociedad actual sea un auténtico mensaje de luz y esperanza? Nos parece importante subrayar algunos principios, a partir de las reflexiones precedentes y de las pautas indicadas por J. B. Metz:

²² J.A. PAGOLA, *op. cit.*, 81.

²³ J.A. PAGOLA, *ibid.*, 107.

²⁴ Cf. J.B. METZ, «Apologética», en: *Sacramentum Mundi*, I, Barcelona, 1972, 370.

1. Compartir los problemas y preguntas del hombre de nuestro tiempo

La fe y la esperanza son dones que recibimos para compartirlos; la Iglesia no es para sí misma, sino para los demás; la teología no es un ejercicio intelectual para la auto-complacencia, sino un servicio a la inteligencia de la fe y a la razón de la esperanza; es decir, no sólo un «intellectus fidei» sino también un «intellectus spei». Los cristianos somos ciertamente ese «tertium genus» (Tertuliano) que ha superado la visión particularista y la división entre los judíos y los gentiles, pero no para salir de este mundo real, sino para fundirnos en la sociedad y ser en ella como «el alma del mundo» (Carta a Diogneto); los discípulos de Cristo somos ciudadanos del mundo y debemos aprender a compartir «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y los que sufren» (GS, 1). Nuestra respuesta sólo podrá ser creíble, si somos capaces de darla desde dentro, desde la comunión y la compasión, si al mismo tiempo que escuchamos la Palabra, escuchamos también las preocupaciones e interrogantes de los hombres. Entonces podremos hacer ver que nuestra respuesta no es «aprendida» de memoria, ni es fruto de la rutina, sino dada desde la experiencia de la vida real.

2. Debe ir acompañada de un testimonio consecuente

No hay verdadera respuesta cristiana sólo desde la teoría, desde el ámbito del conocimiento y el saber intelectual; desde el ámbito sólo de las ideas, todo puede llegar a ser discutible y complejo, pues como escribía C. Carretto en «Cartas del desierto» dirigiéndose a los jóvenes, «en el mundo en que vivimos todo es problema, menos una cosa, el amor; sólo el amor no es un problema para quien lo vive». Por eso, toda confesión de boca debe ir acompañada de una confesión de vida, toda teoría o conocimiento tiene que acreditarse con la práctica y el compromiso. Pablo VI solía repetir que al mundo de hoy le sobran maestros y le faltan testigos; quizá sea así porque estamos saturados de hermosas teorías, pero necesitados de vida nueva; aunque también porque los hombres de nuestro tiempo el lenguaje que mejor entienden es el del amor y la respuesta que más les ilumina es la del testimonio de vida. «La revelación afirma que 'Dios es amor'; así pues, la expresión de este lenguaje será ante todo la del amor; si se prescindiese de esta típica expresividad, no sería el lenguaje de Dios»²⁵. Ser testigos de la esperanza, supone vivir la esperanza que brota de la experiencia de amor inquebrantable de un Dios encarnado en la realidad humana hasta las últimas consecuencias, de un Dios «que hace suyo nuestro dolor y no nos deja solos en la noche oscura del sufrimiento»²⁶.

3. Superar el enfoque puramente ideológico de la fe

La fe cristiana lleva consigo ideas, contenidos y actitudes, pero no es una ideología, ni puede quedarse en lo puramente «doctrinal», ni debe aparentar un saber que no siempre tiene. Las «ideologías», al hacer una interpretación generalmente unitaria y «unilateral» de la realidad, caen en el totalitarismo y la intolerancia, por eso tienden a imponerse a la libertad. El mensaje cristiano, por el contrario, es don y oferta que Dios nos hace para que lo acojamos libre y amorosamente, para que nos abramos a un encuentro personal y liberador con Dios. Donde no hay libertad no puede haber capacidad de amar, ni consecuentemente puede haber vida cristiana, puesto que ésta significa creer en un Dios-Amor; precisamente porque Dios nos ama, nos hace libres y capaces de amar: «no hay estímulo más grande que haber sido amado previamente» (S. Agustín). Justamente por eso, el cristianismo no podrá nunca acreditarse como pura idea, sino como práctica de amor orientado

²⁵ R. FISICHELLA, *op. cit.*, 101.

²⁶ B. FORTE, *Breve introducción a la fe*, Madrid, 1994, 22.

siempre a la esperanza, que se apoya en las promesas de Dios. La respuesta teológica y pastoral sobre la esperanza cristiana no podrá tener nunca la estructura rígida ni la seguridad inquebrantable de las ideologías, puesto que participa de la vulnerabilidad de toda experiencia y encuentro humano con Dios. Tampoco deberá aparentar un saber o una respuesta de la que no dispone, so pena de caer en la presunción o en una vana altanería; por eso, hay que desear «que la teología diga palabras reales o calle cuando (aún) no las tiene»²⁷. El cristiano dispuesto al testimonio y a la respuesta sobre la fe, debe saber también que «no hay nada más fecundo que la ignorancia consciente de sí misma» (Ortega y Gasset).

4. Solidaridad crítica con lo humano

La respuesta sobre la esperanza debe incluir una solidaridad con todo lo auténticamente humano: con los anhelos y esperanzas, con los valores y proyectos orientados a dignificar la vida humana, con el sufrimiento y el dolor. El cristiano que da razón de su esperanza «sabe que en toda esperanza humana, en la que parece sólo terrena y aún banal, está misteriosamente escondida la espera en el Dios que viene a celebrar con el hombre una fiesta sin fin en un domingo sin ocaso»²⁸. Nada más lejos de la verdad pensar que el cristianismo sea inhumano o anti-humano; si «Dios es bueno con todos y cariñoso con todas sus criaturas» (Cf. Sal 102 y 144); si Dios se ha encarnado en nuestra historia y en nuestra realidad humana para redimirla y santificarla, nada de lo auténticamente humano es ajeno a la esperanza cristiana. S. Ambrosio, comentando el texto del Evangelio en el que se afirma que «sólo Dios es bueno» (Cf. Mc 10,18 y par.), comenta: «No hay nadie bueno, sino sólo Dios, y, por tanto, todo lo bueno es divino y todo lo divino es bueno»²⁹; podríamos glosar el pensamiento de S. Ambrosio diciendo también que todo lo cristiano es humano y todo lo auténticamente humano es cristiano. Desvincular ambas realidades es quitar a la experiencia religiosa y cristiana su verdadera raíz, pero también despojar a la experiencia humana de su sentido: «La religión no cae del cielo; nace como una planta siempre nueva de la tierra humanísima de nuestra experiencia más profunda... y por eso mismo la Iglesia sólo tiene derecho a evangelizar con sus valores religiosos expresos si ella misma se deja evangelizar por los valores reales —y por lo tanto divinos— que tantas veces vienen de fuera de la religión»³⁰. Toda respuesta cristiana tiene que estar orientada a alentar y promover todos los valores y esperanzas humanas; no se trata de una respuesta meramente humanitaria, pero ante la amenaza anti-humana, debe defender una salvación universal, es decir, de todo lo humano y de todos los hombres; debe hacerse en definitiva desde la solidaridad fraterna con los hermanos más pequeños: «Dios entra en la vida y en la historia del hombre, únicamente para ayudar»³¹.

5. Desarrollar las implicaciones sociales de la fe

La respuesta cristiana sobre la esperanza no puede quedarse tampoco en el ámbito de la conciencia individual, sino que debe tener una dimensión social y comunitaria: «Dios creó al hombre no para vivir aisladamente, sino para formar sociedad..., ha querido también santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo

²⁷ A. TORRES QUEIRUGA, *Recuperar la creación*, Santander, 1997, 23.

²⁸ A. CENCINI, «Te he llamado por tu nombre», 14. Ponencia en el Congreso Internacional de Jóvenes Religiosos, Roma, 29 sept.-4 oct. 1997.

²⁹ Cf. Oficio de Lecturas, sábado de la 2ª semana de cuaresma.

³⁰ A. TORRES QUEIRUGA, *op. cit.*, 54 y 160.

³¹ A. TORRES QUEIRUGA, *ibid.*, 229.